

Un real al mes

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular* y *Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRÓNICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 10 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular* y *Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMENARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISOS.

Los señores suscritores á la *Crónica*, cuyo obono concluye á fines del corriente, se servirán renovar si quieren que se les siga enviando el periódico.

Se ha repartido ya el tomo segundo de *Las Esas de Santillana*, á todos los suscritores á la *Biblioteca Popular*; para principios de enero se hará la repartición de la novela titulada el *Señor de Bemibre*, original de don Enrique Gil: consta de un tomo de 27 pliegos, para el quedamos 20 grabados á los suscritores que los quieran, en el mismo precio de cuatro rs. Con la referida novela remitiremos á los suscritores el *Estebanillo Gonzalez*, ofrecido como regalo á los que tienen opción á él, según las listas del segundo prospecto de la *Biblioteca*.

También se ha repartido ya el número 12 del *Museo de las Familias*, último del tomo segundo, con cuyo número hemos acompañado los índices, portadas y cubiertas para la encuadernación del tomo. En consideración á que se ha retrasado la repartición del prospecto del tomo tercero que ha de principiar en enero próximo y atendida la dificultad de las comunicaciones por el mal estado de los caminos, hemos prorogado hasta el 15 del mes inmediato el derecho de recibir gratis el *Almanaque Popular de España*, para 1845, á los suscritores que paguen de una vez la suscripción de un año al *Museo* antes de la citada época.

Debemos prevenir á nuestros suscritores y correspondientes, para evitar pedidos que no podemos servir, que se han concluido todos los ejemplares de la edición de 7000, que hicimos del *Quijote* para la *Biblioteca Popular* en los meses de abril y mayo últimos.

Finalmente en los primeros días de enero remitiremos con la *Crónica* la lámina litografiada que ofrecemos en el prospecto á los que se suscribiesen y pagasen de una vez un año, antes del 31 de octubre.

PABLO ALLERTON.

Acababa de obscurecer; pero el crepúsculo de una tarde de estío esparcía aun algunos rayos dorados sobre los objetos, cuando una muger llegó cerca de las márgenes de un río poco caudaloso situado al este de la Angushire. Era esta Lissy Da-

vis conocida en aquellos contornos no solo por pertenecer á una tribu de gitanos, sino también por estar medio loca: iba pobremente vestida, de un tucso ropon, que la caía hasta los pies desnudos y una especie de manton viejo encarnado, que pendía de sus hombros; además sus facciones pálidas y descompuestas daban evidentes muestras de su desesperación. Apretando sus manos cruzadas, miraba alternativamente al cielo sobre su cabeza, y al agua que se deslizaba á sus pies, como pidiendo á esta una sepultura, y asílo para su alma á aquel. Ya iba á realizar su desesperado proyecto, cuando la repentina llegada de un hombre se lo estorbó: el traje y aspecto de este mostraban ser persona distinguida: iba distraída en sus pensamientos y aunque Lissy le siguió pidiéndole limosna, continuó su camino sin parar la atención en la súplica que se le hacía; al pasar se quitó el sombrero para enjugar el sudor que cubría su frente y siguió su camino con él en la mano respirando la fresca brisa: Lissy se estremeció de repente, sus mejillas pálidas y hundidas se van enrojeciendo cada vez más, y la inflamación de su cuello descarnado junta con la expresión particular de su rostro, demuestran la afección que la sofoca.

—No queréis escucharme? dijo cambiando en inglés, el idioma escocés que habia usado hasta entonces; no queréis escucharme? y qué responderéis cuando se os llame á el último juicio, Pablo Allerton?

El extranjero, como una máquina á quien se rompió de repente el resorte, se paró, y la pregunta pasmada quien es.

—Bien la podéis preguntar, respondió. Yo antes de que la desesperación con sus agudos dientes me hubiera desgarrado, era hermosa, no encontráis aun restos en este esqueleto? (y diciendo esto entreabría el manton andrajoso que tenía puesto) tenía una frente espaciosa, y el cabello negro y rizado....buscad si aun queda algo en este semblante arrugado, y en estos cabellos tan claros y grises.

Muger, dijo Allerton conmovido de estas palabras tan tristes, y de el tono patético con que las pronunciaba; muger, si sois desgraciada, y buscáis un ser compasivo, le habéis encontrado; necesitáis dinero, vedle aquí, dicen que remedia casi todos los males, puede que os alivie en los

vuestros, ¿pódo atender una palabra; como es, David, que sabéis mi nombre?

Lissy con la cabeza erguida cruzó los brazos y mirándole de hito en hito se puso delante de él con un aspecto soberbio; su silencio excesivo llamó la atención de Allerton que palideció contemplando la gitana, su rostro se contrajo, frunció las cejas, su respiración se agitó en extremo.

—Será posible! exclamó por fin.

—Sí, es posible que esta mujer tan andrajosa, tan repugnante, y casi loca sea aquella Lissy Davis que os amó con toda la ternura de un primer amor, que por vos abandonó la paz del hogar paterno, y no halló por recompensa más que el abandono y la desesperación; esta misma Lissy que tuvo que vivir en la mendicidad y en la desnudez la hija de sus entrañas, pobre hija mía que está ahora...

Aquí el dulce efecto de la emoción y la debilidad impidió seguir á Lissy.

—Bien, que ha sido de ella? exclamó con interés Allerton.

—Un hombre sin fé y sin piedad la ha seducido como vos sedujisteis á su madre, y otro hijo de la vergüenza y de el pecado, verá la luz dentro de algunos instantes, sin que la desventurada madre, tenga pan para sí, ni un trapo en que envolver á su hijo. En vano he pedido noche y día socorro, y Dios me perdone, cuando vos llegasteis pensaba concluir con mis amargos días, pero viendoos resolví ver por última vez si quedaba un resto de piedad, muy lejos de pensar fuérais el pérfido amante de mi juventud, el padre de mi hija.

Allerton se estremeció escuchando este enérgico discurso, y no osaba alzar los ojos sobre el aspecto lleno de dignidad, de la desgraciada.

—Llévame, hijo por fin.

—¿Adónde? respondió Lissy.

—A casa de el médico que esté mas cerca primero, después á vuestra casa.

La evidente agitación con que pronunció Pablo estas palabras conmovieron un instante el corazón de Lissy, pero reprimiendo esta pasajera emoción le hizo seña de que la siguiese.

Luego que hubieron encontrado un médico, Lissy condujo á los dos al sitio que habitaba que estaba en singular armonía con su propio aspecto tan desastroso, y miserable; era pues, una caverna formada naturalmente en una roca á la orilla de el mar, de modo que en la alta marea se hacia la entrada inaccesible; pero la estructura particular de esta no permitía á el agua penetrar en su interior.

Al Allerton aparentando escuchar el fastidioso discurso del médico, pero sus ojos estaban fijos en Lissy que marchaba delante á la débil claridad de la luna, tristes recuerdos le atormentaban y representaban en su imaginación lo pasado, cuando un grito que oyo Lissy vino á distraerla.

—El agua, gritó, con desesperación, el agua.

Esta exclamacion hizo comprender á Pablo la posición que la gruta de la infeliz tenía, se informó del tiempo que tardaría la marea en bajar y se horrorizó oyendo el número de horas que era preciso transcurriesen para poder entrar. En tanto el médico imposible indicó friamente la intención de retirarse á su casa, habiendo oído decir que los habitantes de esta caverna se socorrian mutuamente en semejantes circunstancias.

Lissy fijó en él una furiosa mirada.

—Bombre sin piedad, exclamó, Dios socorra á los infelices que dependen de vos, la maldición eterna caiga sobre vuestra casa, sino volveis á socorrer á mi hijo cuando se retire el agua.

—Caballero, dijo Allerton, sus cuidados de vd. serán sobradamente pagados, pero puesto no me conoce, tome vd. entretanto.

Pablo pronunció estas palabras con ansiedad y después dió al médico una moneda de oro que sacó de su bolsillo, el médico la tomó y prometió seriamente volver con exactitud.—Un momento de silencio se siguió cuando estuvieron solos, después dijo Allerton á Lissy.

—Justo cielo! cómo podeis habitar en este sitio?

—Y cuándo os habeis ocupado de mi habitación, repuso ella? El que tiene pan no piensa en el que no le tiene, y el que tiene una casa con todas las comodidades no piensa en el que está sin abrigo. Vuestra amable esposa, Pablo, despreciaría á la infeliz que fué vuestro primer amor, pero que tenga cuidado que Lissy no se cambiaria por ella. No es esta la primera vez que nos encontramos en Escocia, y bien sabemos los dos cuando y como. Según las leyes del país yo soy vuestra verdadera esposa, continuo con energía, y aun viven los que se acuerdan de cuando legalmente me disteis este título. A la faz del cielo presiguió cogiendo el brazo de Allerton, yo os reclamo, no por que os ame ya, (y el eco resonó con su amarga risa) no, la lámpara se acabó falta de aceite, pero la venganza no muere jamás.

Allerton se estremeció y bajó los ojos delante de la terrible mirada de Lissy, bien se acordaba del tiempo en que siendo ésta joven y bonita para vencer sus escrúpulos y resistencia, se casó falsamente con ella.

—Lissy, mi conducta con vos, respondió, no merece ni vuestro perdón ni el del cielo, lo conozco, pero que atozais con hacer mal á quien no os lo ha hecho? No allijais á una inocente esposa, ni llenéis de ignominia el nombre de un heredero á quienes vais á somer en un abismo de desolación.

—Pablo Allerton, mi familia era honrada y sin tacha, replicó, y vos la habeis manchado, hicisteis mas, pues abandonándome fuisteis causa de que cayese aun mas abajo y yo quiero devolveros todo lo que me habeis hecho sufrir.

—Decídmeme que he de hacer, replicó Allerton, á todo estoy pronto, con tal de que no lleveis el dolor y la desdicha á mi familia.

Los ojos de Lissy brillaron y después respondió:

—Bien, vos habeis traído la aflucion y la verguenza á casa de mi padre y habré yo de perdonar la vuestra? la misma mano formó el corazón de un lord que el de un jornalero, y lo mismo sufren los dos cuando las penas se los despedazan.

En tales pláticas pasaron el tiempo hasta que la mara bajando dió libre acceso á la caverna, entonces dieron la vuelta á la roca y entraron en un sitio en que subiendo primero y bajando después, circularmente al redor del peñasco, llegaron á un sitio en donde un muchacho estaba encendiendo lumbre, á su llegada levantó la cabeza y mostró uno de aquellos semblantes morenos y sugaces peculiares de los gitanos; Lissy le habló, pero él no respondió examinando con curiosidad á Allerton. Al entrar en la caverna todo parecia obscuro, pero poco á poco acostumbrándose la vista á esta obscuridad, advirtió Pablo que estaba en un sitio de grande estension. En un rincón vió á la luz de una tea, una miserable tarima al lado de la que estaba sentada una vieja que se acercó á Lissy y la habló algun tiempo en voz baja; después se acercaron al lecho, Allerton las siguió con la vista y descubrió tendida en esta miserable cama, una jóven que parecia descansar en ese primer sueño glacial de la muerte, que no destruye la belleza de la vida. Un ligero murmullo que se escapó de los labios de Lissy hizo entreabrir los ojos de la enferma, que eran hermosos, y parecian llenos de tranquila serenidad.

—Cuánto habeis tardado, madre mia, y cuánto he padecido en vuestra ausencia, dijo, pero estoy recompensada, mirad.—Y apartando las ropas que la cubrian mostró un niño que dormia entre sus brazos.—Cómo duermo, continuó contemplándole, no sabe él cuan pronto va á perder su madre.

—Que dices, Alice, respondió Lissy afectando con trabajo una especie de alegría, aun me has de sobrevivir á mí, y ya sabes lo que me falta para los sesenta años que me ha predicho Camy-Mausay.

—No, madre, yo no ocuparé por mucho tiempo este lecho de dolor, respondió dulcemente la jóven, y cerró los ojos para ocultar las lágrimas que los cubrian.—Pero, madre mia, continuó después de un momento, yo no quiero sobre mi sepultura ni musgo, ni piedra, solo al mar... lo ois, al mar, que cuando venga el ángel á buscarnos el último día, lo mismo me ha de hallar en la tierra que los hombres pisan, que debajo de las olas.

Aquí comenzó á llorar, y Lissy se cubrió el rostro con las manos para ocultar las lágrimas que vertia.

—No lloréis, madre, dijo Alice, todavía os queda mucho que vivir, Dios quiera que seais mas dichosa.—Después continuó con voz entrecortada por los sollozos.—Amad á mi hijo, que el pobre no tiene mas que á vos en este mundo.

Diciendo esto lo estrechaba contra su seno. En-

tonces Lissy acordándose de Allerton le hizo señas de que se acercase. Alice levantando los ojos, que dijo, es algun ministro de Dios?

—No, exclamó Allerton cayendo de rodillas junto á la tarima, pero es quien debe daros todo lo que necesitéis, y sus lágrimas cayeron sobre el niño que dormia.

—Ah! caballero, no le digis un bautismo tan amargo, dijo Alice enjugando dulcemente la frente del niño, hijo mio! ni una súplica se ha presentado delante de él á su llegada á este mundo, y las lágrimas han corrido en abundancia, quisiera que fuerais un sacerdote que le bautizáseis.

—Tendreis uno, dijo Allerton, y volviéndose á Lissy, no hay nadie aquí, añadió, que pueda ir á Montrosa.

—Madre, dijo Alice, Jak puede ir; él, que vea yo mi hijo bautizado, la muerte detendrá hasta entonces su golpe fatal.

Jak, el muchacho de que hemos hablado antes se presentó, y Pablo arrancando una hoja de su cartera, escribió con lapiz algunas palabras y se lo dió juntamente con el dinero, y las instrucciones necesarias para buscar un caballo y las señas de donde habia de ir, encargándole al mismo tiempo, la mayor celeridad en todo.—El ministro protestante á quien enviaba Allerton el mensaje era un amigo suyo, y al hacer esto no solo el deseo de complacer á su hija moribunda le obligaba, sino que tambien la posición embarazosa y afflictiva en que se hallaba, le inducia á buscar un amigo que le aconsejase en semejantes circunstancias. Lissy estaba allí, y todo se veia en ella menos duzura y reconciliacion, si el sentimiento de ver Doris á Allerton sobre su hijo la habia afectado, la desesperacion y el rencor alimentados por tanto tiempo se habian sobrepuesto. El anciano, fruto amargo de largos sufrimientos tenia envenenado su corazón. Comparaba en su mente su antigua buena fé y su abyeccion de entonces, su antigua juventud y belleza, y su decrepitud prematura, mientras que el autor de todos estos males estaba allí, que parecia le habia respetado el tiempo, y por otro lado las evidentes muestras de su opulencia, hacian cada vez mayor su aborrecimiento. Los instantes que pasaban parecian bien largos á Allerton, por fin se oyeron pasos y tres personas se presentaban en la céntrada de la gruta, una de ellas se acercó, era el médico. Lissy le conoció y tomando la luz con una mano, y haciéndose sombra con la otra, se acercó al lecho, el médico permaneció inclinado algunos instantes sobre él, y después levantándose lentamente dijo:

—El niño está muerto.

Estas pocas palabras aunque pronunciadas en voz baja, hicieron estremecerse á la madre, la cual incorporándose y levantando entre sus brazos el pequeño cadáver y dando un desesperado grito:

—Ah, hijo mio, pálido y helado, dijo, yo que esperaba verle bautizado, pero no te sobreviviré mucho, que la proxima marea nos lleve juntos, y la

mar que se hallaró á quien nos amaba á los dos, arrastrará nuestros cuerpos fríos: siguió llorando y despues volviéndose á Lissy que estaba á su lado, madre mía, continuó, vos tenéis un alma fuerte y la necesitáis, poned mi hijo conmigo, y en la próxima marea que ya habré yo dejado de existir, dádnos vuestras lágrimas y arrojádnos juntos al mar, y si algun día volviera, decidle que á nadie en el mundo he amado como á él, que conocia bien lo que me decía de su madre orgullosa, y de su padre que era un ministro de Dios; que siempre los he venerado, y que hubiera aguardado su vuelta si Dios hubiera querido, pero que me llama á sí, y que he querido mas descansar en el mar, que ha de surcar el navio que le vuelva, que no en la tierra donde ni nos hubiéramos vuelto á ver jamás.

Un grito de agonía se oyó al acallar Alice estas palabras, era el hijo de el protestante que seguro de hallar allí la muchacha que tanto había querido, acompañó á su padre para reparar el daño que había hecho cuando sus padres le habían apartado de ella, atendiendo la desigualdad de sus condiciones: se arrojó sobre Alice y la hizo las mas tiernas protestas de amor, y las mas humildes súplicas para obtener su perdón, pero no obtuvo respuesta alguna, ni aun siquiera fué oido. el hijo de aquella vida tan gastado por los padecimientos de los últimos meses, se rompió á su voz y la pobre Alice espiró en los brazos de aquel á quien tanto había querido, y por quien tanto había llorado: un melancólico silencio siguió á la muerte de Alice, un brazo que por un último movimiento de amor estaba al rededor de el cuello del jóven, se desprendió, y su hermosa y pálida cabeza cayó sobre la tarima, Lissy y el protestante, con los ojos anegados en lágrimas, miraban á sus dos hijos, por fin rompió el último el silencio y dijo á Allerton, en cuyo descompuerto semblante se leia lo que pasaba dentro de su corazón:

—Que puedo hacer aquí yo? con qué objeto me habeis llamado?

—Con el de dar á estas infelices el último socorro, repuso Allerton, perdunad á vuestro hijo que él ha espinado su culpa por un sincero arrepentimiento, yo he sido peor, yo he dejado perecer á mi hijo sin proteccion y sin recurso, y volviéndose á Lissy, yo reconozco, añallo los daños que he hecho y os pido perdón de rodillas.

Lissy le miró con semblante airado, despues miró los cuerpos inanimados que estaban sobre la paja de la tarima, y respondió:

—Cuando hayais pasado veinte años de envilecimiento, cuando aborracido de todos hayais curado como un vagabundo, cuando hayais perdido el hijo que era vuestra dicha, tendréis ganado mi perdón, hasta entonces, mi maldiccion os seguirá por todas partes, destructor de mi dicha y de mi honra, vil autor de estas obras de muerte y de desolacion.

Allerton se levantó horrorizado, en el momento en que la mano de Lissy se extendia sobre

su cabeza por maldicirle, su amigo le siguió pero era tarde, Allerton había corrido como un loco á la falda de la roca que caía sobre el mar, y se había arrojado para buscar el olvido entre las espumantes olas.

SOMBREROS DE HOMBRE.

Pocas modas hay tan variables como las que determinan la figura de los sombreros, y creemos que daria materia para escribir un volumen entero si fuera punto por punto á seguirse la historia de las reformas que ha sufrido esta parte de nuestro vestido. Estas variaciones han costado tantos mas esfuerzos de invencion al estimable gremio de sombrereros, cuanto que han tenido que hacerlas sobre la apariencia y forma exterior de un objeto demasiado sencillo en sí mismo, y por consiguiente poco susceptible de grandes ni ingeniosas combinaciones; así que siempre se han reducido á ser tan pronto muy chatos ó aplastados, como largos y cónicos, como el gorro de un magico; ó cilindricos y abujados, ó de figura de campana. Tambien las alas han variado frecuentemente en su forma, siendo muy común que en las épocas del año en que abraza el sol y molesta á la vista, hayan sido estrechitas ó casi insignificantes, mientras que despues en el invierno, cuando es menester presentar la cara descubierta para no perder ni uno solo de sus benéficos rayos, suelen ser grandes y extendidas. Tal es la moda muchas veces en oposicion con lo mas conveniente, siendo muy curioso de observar, el como tantas gentes sacrifican á su dominio sus mas gratas comodidades.

Como parte esencial del vestido, deben los sombreros ocupar un lugar distinguido en el guardarropa humano; pero por ahora nos limitaremos á hacer una rápida reseña histórica de las diferentes y caprichosas formas que ha dado el arte á los sombreros desde su invencion, cuyo origen se debe á los países enya desigual temperatura, hace insuficiente para la cabeza su abrigo natural de los cabellos. Bajo este punto de vista puede decirse que para nuestro propósito, nos es igual escoger el orden que hayan seguido en Inglaterra, Francia ó España, porque en todos los países las altas clases á lo menos, han seguido el impulso de las modas y particularmente las de los sombreros.

Los sajones parece fueron los primeros que gastaron sombreros, pero no se generalizó al pronto su uso; al principio los hacian de telas de lana y de fieltro; pero algun tiempo despues, en el siglo XVI, escribía Chancer poeta inglés: «El mercader llevaba cubierta su cabeza con un castor de Flandes;» y en algunas crónicas se habla de los sombreros del tiempo de Felipe de Valois y de Carlos V. Ahora ofrecemos á la consideracion de nuestros

lectores algunas muestras de los sombreros de esta época.



Por este mismo tiempo eran de gran moda en Flandes los sombreros blancos, y aun se afirma que servian de emblema á ciertos partidos políticos; pero esto último hecho es dudoso; los sombreros se adornaban, particularmente los de las gentes de forma, con plumas de avestruz. De la época del reinado de Enrique VIII de Inglaterra, se habla de los sombreros, y en las cuentas de los gastos de este monarca, se encuentra una partida que dice así: «*Item*, pagado en Boloña por un sombrero con pluma para el rey, 15 chelinas.» Y como la plata en aquella época tenia un valor mucho mas crecido que ahora, debemos suponer que los sombreros estaban considerados como artículos de lujo, y que solo los hombres ricos los gastaban. Los que siguen ahora están copiados de un cuadro del año 1544. Y es bastante notable y digno de observarse, que dos de ellos tienen una semejanza extraordinaria con los que gastamos hoy día.

En tiempo del reinado de Isabel de Inglaterra, se hicieron mas comunes los sombreros, siendo de castor los generalmente adoptados.

He aquí lo que leemos en un antiguo manuscrito relativo á su género de modas en 1583. Los unos dice, llevaban sombreros puntiagudos como la flecha de un campanario, y que se elevaban una vara á lo menos por cima de la cabeza; otros los usaban chatos y estremadamente anchos, otros enteramente circulares, muchos los adornaban con un lazo de cinta. Estas cintas variaban de color, unas veces eran blancas, otras negras, rojas, verdes ó amarillas. Los elegantes nunca las llevaban dos dias seguidos de un mismo color. Y no solamente variaban los sombreros en sus formas y hechuras, sino que tambien eran distintas las telas que para ellos empleaban: se gastaban de seda, de terciopelo y de lana, y tambien habia quien los usaba de una piel cubierta de un pelo muy fino, venida de lejanos climas. En esta época ya se habia hecho tan comun el sombrero que hasta los mas ínfimos criados lo usaban.

En el año 1607 se mandaba espresamente á los caballeros usar sombreros que cubriesen la cabeza con alas estrechas, á fin de que no se les cayera en los saltos y la carrera del caballo, y para evitar que no se doblase sobre la vista, porque ambos inconvenientes eran igualmente ridiculos. En una cancion popular del año de 1656, se describen de esta manera las modas de la cabeza: los turcos rodean á su cabeza un turbante de algodón; el persa uno de batista, los rusos y polacos no abandonan su gorro de pieles; los franceses mudan una cosa cada día y yo de todos doy la preferencia á los sombreros ingleses de castor.

En tiempos del reinado de Carlos I de Inglaterra, luego cuando la república en 1664 y mas tarde cuando reinaron Carlos II, Jacobo II, y Guillermo III, era de moda llevar un ala muy grande como puede juzgarse por los grabados que siguen.



En la relacion de los gastos del colegio de un noble educando en el año de 1377, se encuentra un gran sombrero de caballero; un sombrero de terciopelo. En esta misma época se hicieron de moda los sombreros de copa elevada. Los grabados que siguen ofrecen modelos de los que gastaban Douglas, conde de Morton, y sir Felipe Sydney, caballero el mas cumplido de su tiempo.



Pero no tardaron en convencerse de sus inconvenientes y comenzaron á llevarse, primero levantada por delante y luego levantada tambien por detrás formando dos cuernos, y de suerte que cayera sobre la frente uno de los dos ángulos que hacia, como se ve aqui:



Asi continuaron usándose hasta principios del siglo XVIII, en que se levantó un tercer cuerno, dando origen al sombrero de tres cuernos ó tricorno, que fué adoptado generalmente.



Muy en boga estuvo esta hechura de sombreros por espacio de mas de cincuenta ó sesenta años, y llegó segun sus diversas variantes aun que siempre tricornos en el fondo, á tomar por alusion el nombre de algun hecho político célebre, ó de alguna batalla. Los sombrereros inventaron despues formas particulares, para distinguir las diversas profesiones. Para los doctores en leyes y medicina, sombreros con alas ligeramente encurvadas, de acuerdo decian con la gravedad de sus funciones, al paso que los de los militares por ejemplo, dejaban enteramente descubierto el rostro, como si quisieran con eso denotar la audacia y el descaro de que deben estar dotados. Hacia el año de 1730, las gentes del pueblo comenzaron á usar los sombreros redondos, cediendo exclusivamente el uso de los tricornos para los elegantes y gentes de oposicion. Y ahora, ya que de sombreros hablamos, no podemos menos de consignar aqui un recuerdo de los sombreros de picos de los malos ó gente del pueblo, al terminar el siglo pasado y principiar el presente, sombreros que han desaparecido cediendo el puesto al gracioso y ligero calañés, originario de nuestra Andalucía, y tampoco quisiéramos que se nos pasara hacer mención de los sombreros que se ven aún en algunos pueblos, en las cabezas del sacristán ó del barbero; con su indispensable funda de hule, y de la reverenda y robusta canoa de uso puramente eclesiástico. Estos los vemos siempre invariables, y nos atrevemos á pronosticar que seguirán lo mismo, por no ser la volubilidad ni el progreso la cualidad mas eminente de los que los gastan.

MOSCOU.

Esta ciudad, antigua capital de la Moscovia, está situada en el centro de una llanura inmensa. Justicia la han hecho los poetas cuando en sus cantos la han llamado *Moscou la de las doradas cúpulas*; porque antes del incendio que la redujo casi en su totalidad á cenizas, ofrecía un aspecto mágico el conjunto de las cúpulas, de mas de doscientas noventa y cinco iglesias, y de quinientos castillos con sus jardines y dependencias. Las iglesias coronadas de terrazas y adornadas sus cúspides con vistosos campanarios terminados en globos de oro, recordaban la historia de este pueblo: esto es, al Asia y su religion primeramente victoriosa, despues vencida, y mas tarde las creencias de Mahoma dominadas por la cruz de Cristo.

El Kremlin, fortaleza que forma un triangulo equilátero, celebra en los anales de Rusia. El plan de esta obra fué suministrada por arquitectos Italianos, á mediados del siglo setecientos. Divídese so interior en dos partes; la una llamada la Ciudadela comprende solo el palacio y algunas iglesias dota-



das cada una con cinco torres notables por su extraordinaria elevación, por el color dorado de las campanas, y por lo extraño de su arquitectura. El segundo recinto comprende una porción de calles ocupadas por establecimientos de comercio. También comprende la plaza designada con el nombre de ciudad chinesca, nombre con que la bautizaron los tártaros que fueron sus fundadores. El *Beloye-Gorod*, ó ciudad blanca, constituye una tercera circunferencia al rededor del Kremlin.

Fedor, hermano mayor de Pedro el Grande, comenzó á embellecer á Moscov, protegiendo la construcción de edificios, pero sin observar regularidad alguna en su arquitectura; y también el mismo Pedro el Grande, no por su extraordinaria afición hacia san Petersburgo, olvidó la ciudad de Moscov que hizo empedar, la embelleció con construcciones soberbias también, y estableció ricas manufacturas.

Inmediato á la universidad establecida por Isabel, se halla el antiguo palacio de los Czares, donde residian en otro tiempo los emperadores. Al penetrar en el pórtico de este palacio, se descubre una magnífica escalera de piedra. En la primera grada superior de esta escalera, fué donde apareció el joven Juan Nariski, cuando despues de haberse confesado con el patriarca y haberle administrado la estrema-unción, fué presentado por este mismo prelado á los estrellicos que pedían á gritos se le entregaran porque tenían jurada su muerte. En vano el patriarca presentó á los fu-

riosos una imagen de la Virgen que pasaba por milagrosa; en vano las princesas se echaron á los pies de los soldados, pidiéndoles deshechas en lágrimas la vida de su joven pariente; nada fué bastante, los estrellicos arrastraron á Juan hasta lo último de la escalera, donde murió asesinado. En las estancias á que conduce esta famosa escalera, se encuentran reunidos una multitud de objetos curiosos; tales como las coronas de los reyes que ha destronado el imperio ruso, los ropages que han vestido los emperadores el dia de su coronación, que estan recargados de adornos de muy mal gusto, pero de admirable riqueza; los fósiles que han sido hallados en las orillas del mar Glacial, y en fin el manuscrito que contiene los diferentes códigos de leyes que regian en las distintas provincias del imperio, antes de su reunión por el sábio y virtuoso padre de Pedro el Grande.

Entre los mas bellos monumentos se cuenta el hospital de Sheremitev, construido por la familia de este nombre. Uno de sus antecesores fué el compañero de armas de Pedro el Grande.

Las dos principales catedrales de las siete que cuenta la ciudad, son la de la Asunción y la dedicada al arcángel San Miguel, que contenian en otro tiempo grandes riquezas. En la primera de estas dos es donde se verifica la coronación de los emperadores.

Un solo rayo de sol que hiriera con su luz aquella espléndida ciudad, la coloreaba de mil

diversas y brillantes tintas, y al considerarla el viajero por primera vez, quedaban deslumbrados sus ojos, y trasportada su imaginación a pensar en los prodigios con que arrullan nuestra infancia los poetas orientales. Al penetrar en su recinto, no es menos grata la sorpresa que experimentar: al contemplar entronizados entre los nobles, los usos, las costumbres, los diferentes idiomas y la elegancia de los trajes de la Europa moderna, el lujo y forma asiática de los de los comerciantes, y los vestidos griegos de la gente del pueblo y sus prolongadas barbas. La misma variedad podía observarse en los edificios.

En fin, cuando se mira la grandeza y magnificencia de tantos palacios, las riquezas con que están alhajados, el lujo de los carruages, la multitud de esclavos y de criados, la brillantez de los espectáculos, la confusión y pompa de los festines y de las fiestas, se cree el viajero trasportado a una ciudad de reyes, venidos de todas partes del mundo.

Es verdad que sin embargo son solo súbditos; pero aunque súbditos son ricos poderosos, grandes poseedores de orgullo y de antigua nobleza. Son señores satisfechos de sí mismos, que pasan su existencia en medio de estensas posesiones, porque el territorio casi entero del gobierno de Moscov, les pertenece, y reinan sobre un millón de siervos. Para dar una idea de la fortuna de estos señores, podemos citar la casa de Orlov, cuyas rentas ascienden a seis millones de rublos, uenos noventa y seis millones de reales.

Después del incendio de 1812, se intentó regularizar algo más que estaban antes, las calles y la construcción de los edificios; pero por la desigualdad y estension del terreno, no se pudo conseguir con la perfección que fuera de desear. Sin embargo, tal como hoy se encuentra, Moscov no cede a ninguna ciudad de Europa en estension y magnificencia, y no hay viajero que haya estado una vez en ella que no conservé gratos recuerdos.

REVISTA DE LA SEMANA.

Por falta de espacio no dijimos nada en nuestra revista anterior de la ópera titulada los Lombardos en la primera Cruzada, del maestro Verdi, puesta en escena en el teatro del Circo con un lujo sorprendente, y cuyo éxito ha sido el más brillante. Todas las veces que se ha ejecutado, han hecho repetir varias piezas a la señora Ober de Rossi y al tenor Rettoni, y hasta los coros han merecido este honor en el acto cuarto. A la señora Ober le han echado coronas dos noches consecutivas. Esta noche (sábado) deben SS. MM. y A. asistir a la representación, cuyo producto se destina a los establecimientos de beneficencia. Parece que el bajo Ronconi está definitivamente ajustado para el teatro del Circo; esto no obstante mientras no venga otra prima donna la compañía está incompleta, porque es imposible que la señora Ober de Rossi pueda cantar todas las partituras por mucho que sea su dis-

posición y voluntad. Se habla de otros espectáculos en este teatro que indudablemente atraerán tanta ó mas concurrencia que los que ya hemos visto.

—En la Cruz se ha puesto en escena el lunes último la Lucía, en que se presentó por primera vez la señora Tirelli y el bajo Dubreuil; la Tirelli fué medianamente recibida y el bajo no gustó; en cambio Moriani obtuvo innumerables y justos aplausos, porque Moriani es un gran artista. La segunda noche salió mejor la ópera que la primera, como sucede casi siempre y hubo también abundancia de coronas; la facilidad con que se prodigan estas demostraciones hace que pierdan en mérito y que los artistas propiamente tales las miran con indiferencia.

—Todas las funciones dispuestas para novedad han sido muy malas; en la Cruz, en el Principe, en el Circo, en todas partes el público quedó descontento; el mayor favor que podemos hacerles es no ocuparnos más de ellas.

Aunque lluviosa el tiempo, las pascuas han sido animadas y tranquilas; algunos periódicos dicen que jamás el consumo de comestibles ha sido mayor en época semejante y nosotros creemos que tengan algo de razón; primero porque Madrid ha crecido en población extraordinariamente en los últimos años, y segundo porque el movimiento industrial es extraordinario; jamás se han visto tan atareados los artesanos de todas clases, nunca más gente ocupada en todos los ramos y materias. Con algunos años de paz y un poco de impulso por parte del gobierno, Madrid no tendría que envidiar en nada a las más célebres capitales de Europa.

El año que va á concluir ha sido fatal en punto a fenómenos atmosféricos; ya saben nuestros lectores lo ocurrido en la Habana; últimamente en Barcelona el 20 del corriente por la tarde hubo un huracan y un aguacero tan terrible que en tres horas que duró cayeron 11 pies de agua según los experimentos físicos que se han hecho, de manera que en 22 horas que hubiese seguido hubria quedado Barcelona anegada. Las pérdidas ocurridas han sido innumerables; solo en la calle de la Vidriera, se calcula el destrozo entre cuatro ó cinco tiendas en más de 40,000 duros. Las autoridades de todas clases han prestado el posible auxilio á las familias que huían desfavoridas de sus casas viéndolas inundadas.

—La última sesión del Liceo fué menos concurrida que de costumbre pero divertida y variada. Esta sociedad parece que trata de dar dos ó tres bailes de máscara en sus magníficos salones, cuyos bailes serán por suscripción, no esperando los billetes sino por conducto de los señores á fin de que sea la concurrencia, como será en efecto, de lo más escogido. Hasta ahora estas son las únicas nuevas que podemos anticipar á nuestras lectoras respecto al brevisimo carnaval que se viene á toda prisa.

—También se habla de dos conciertos en los salones del Liceo, uno á beneficio de la Alcaicería de Granada y otro para los desgraciados de la Habana; á ambos parece que asistirán SS. MM. y A. y tenemos las mejores noticias respecto á las piezas que han de ejecutarse y personas encargadas del desempeño.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,

DE D. F. DE P. MELLADO.—EDITOR.

Calle del Sordo núm. 41.